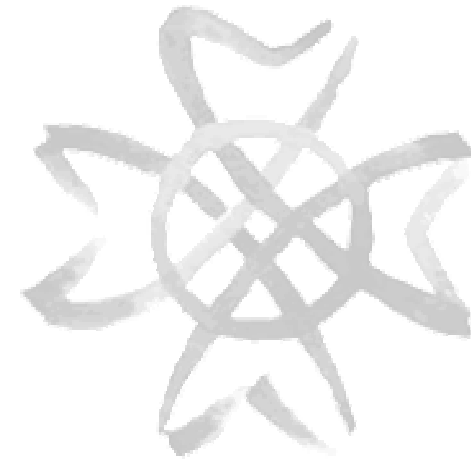


Venga Tu Reino VIII



Señor Jesucristo
Tú llamaste a d'Alzon para estar contigo en
medio de los hombres,
al servicio del Padre y del Reino.
Le impulsaste a cumplir este servicio y su amor
hacia, ti, la Virgen y la Iglesia,
con hermanos y hermanas en la Asunción.
Hoy, en la confianza y la oración, esperamos que
la Iglesia reconozca la santidad del P. d'Alzon.
Por ello y por su intercesión te suplicamos, con
los pobres y los discípulos del Evangelio:
¡Señor, ten piedad! Comparte con nosotros el
amor por el padre y por el hombre.
Haz de nosotros obreros de tu Reino.
Amén.

Oración para pedir la beatificación
del Padre Emmanuel d'Alzon.

La oración en la Asunción

Indice

Orientaciones fundamentales

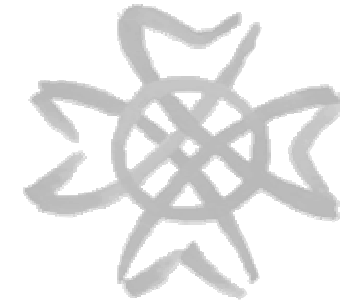
Nuestra vida de oración.....	p. 5
El Padre Manuel d'Alzon en la oración.....	p. 8
Contemplación y acción.....	p. 11
La oración es difícil para todos.....	p. 13
Bajo la mirada de Dios, la oración.....	p. 16
Miembros del pueblo de Dios, obreros del Reino.....	p. 19
Según las intenciones de Cristo y por las necesidades de la Iglesia.....	p. 22
El tesoro de la palabra de Dios.....	p. 25

Tres ejemplos de orantes excepcionales

Jesús ruega por la unidad de los discípulos.....	p. 30
“Ser Uno en la Palabra y en la gloria” (Bruno Chenu)...	p. 32
Bajo la protección de María.....	p. 34
San Agustín: “No digas nada sin él, él no dirá nada sin ti”....	p. 37
Oramos como Jesús (Carta a Proba).....	p. 39

Riquezas y diversidad de la oración

La hora solemne de los religiosos.....	p. 42
Un inmenso pueblo peregrino.....	p. 44
Vueltos hacia Dios con confianza, cada cual a su manera	p. 46
Los requerimientos del prójimo ensanchan nuestra oración ..	p. 48
Una oración universal por la Asunción.....	p. 49



Números “Venga Tu Reino” ya publicados

- I - Descubrir la espiritualidad de los Asuncionistas.
- II- Emmanuel d'Alzon Fundador de los **Agustinos** y de las **Oblatas de la Asunción**.
- III- Tras las huellas de Cristo.
- IV- Peregrinaciones a Tierra santa.
- V- Con San Agustín, ávidos de Dios y apasionados por la Iglesia.
- VI- Etienne Pernet y Marie-Antoinette Fage fundadores de las **Hermanitas de la Asunción**.
- VII- Isabel de Clermont-Tonnerre y Francisco Picard fundadores de las **Orantes de la Asunción**.
- VIII- La oración en la Asunción.
- IX- Los mejores textos de San Agustín.

“Padre, venga tu reino”

Para más información :

<http://sites.google.com/site/asuncespa/asuncespa>

<http://www.assumptio.org/>

Comité de redacción: Noel Le Bousse, Marie-Bernard Kientz, Claude Maréchal, Hervé Stéphan, Benoît Gschwint, asuncionistas.

Traducción: José Manuel Campos, antiguo de Elorrio, y José Ignacio Ciordia, asuncionista.

Maquetación: Juan Antonio Sánchez, asuncionista.

Edita: Provincia de España de los Agustinos de la Asunción.

Coordinadora Laicos Amigos de la Asunción de España:

Julián Lucas Lázaro A. A. jll-rojas@hotmail.com
Sra. Cristina Moreno cris.ms@telefonica.net
Sr. Paco Rentero pacorentero@hotmail.com

Laicos Amigos de la Asunción Internacional:

Sra. Jimena García (América latina) jm_garcia16@hotmail.com
Sra. Marie-Pierre Girard (Francia) patrice.girard12@wanadoo.fr

Comunidades Asuncionistas en España:

Elorrio (Vizcaya) 94 682 0056
Dulce Nombre de María (Madrid) 91 551 90 12
Reina del Cielo (Madrid) 91 573 61 31
Leganés (Madrid) 91 694 73 85

*Leganés, 2 de febrero de 2010
Fiesta de la Presentación*

Manuel d’Alzon. ¿Le conocéis? Conocéis su grito? “Padre, venga tu reino” ¿Y sus pasiones?: ¡Jesucristo, María, su madre y la Iglesia, su esposa! ¡Ciertamente, las conocéis! ¿Pero, conocéis su oración, los caminos de su oración? Estas páginas os ayudarán a caminar con Manuel d’Alzon hacia lo que fue la esencia de su oración.

El P. Marie-Bernard Kientz las ha escrito para nosotros a partir de una larga experiencia de vida asuncionista. Y, como maestro de novicios, ha conducido a numerosos hermanos jóvenes hacia lo que es el origen de la vida de oración de nuestro fundador: “Para nosotros, la contemplación y la acción van unidas hacia un mismo objetivo: estar al servicio de la expansión del reino de Jesucristo.”

Uno de nuestros mayores nos decía a menudo: “¡En la Asunción, hay que trabajar como cuatro! ¡Sí!” Y siempre añadía: “Pero a condición de orar como cuatro”. La oración asuncionista quiere y debe ser un compromiso, una misión y un trabajo. Es la oración de “un obrero del Reino” (Padre Manuel d’Alzon). Es la oración de un hombre apostólico. Ni perezoso ni hiperactivo. Es la oración de un hombre comprometido en, por y con Cristo.

Esta oración no es fácil. ¿Acaso lo fue la oración de Jesús, iniciada sobre la tierra la noche de Navidad y culminada en la Cruz? Se desarrolla a lo largo de los días con la ternura, la presencia, la compasión, la misericordia. Pero esta oración es un derecho de Dios; el Padre la espera de nosotros para continuar la de su Hijo. Y es también un derecho de los hombres. Nuestros hermanos, los hombres, la esperan de nosotros.

¡Padre d’Alzon, acuérdate de nosotros y reza por nosotros! Queremos rezar contigo, utilizando tus propias palabras: “Señor haz que yo sea un hombre de oración, un hombre de evangelización. Haz que me santifique en el trabajo, que impulse el avance de tu Reino y la salvación de las almas.”

Orientaciones fundamentales

- ◇ Nuestra vida de oración
- ◇ El Padre Manuel d'Alzon y la oración
- ◇ Contemplación y acción
- ◇ La oración es difícil para todos
- ◇ Bajo la mirada de Dios, la oración
- ◇ Miembros del pueblo de Dios,

obreros del Reino.
- ◇ Según las intenciones de Cristo
y por las necesidades de la Iglesia.
- ◇ El tesoro de la palabra de Dios

Una oración universal por la Asunción

Para que la Asunción busque ante todo el reino de Dios,
y que todo lo demás se le dé por añadidura:
hermanos, la unidad, la alegría y el ánimo de servir...

R/ Que venga tu reino, Señor.

Para que la Asunción permanezca fiel al espíritu de su fundador
en el amor por Cristo, la Virgen y la Iglesia... **R/**

Para que la Asunción, fiel a la misión de Cristo,
esté como Él, presente en este mundo
y que sea preservada del mal... **R/**

Para que la Asunción ame y sirva a la Iglesia
Siguiendo a Cristo que la amó y se entregó por ella... **R/**

Para que la Asunción, en la esperanza y la oración,
Espere el día en que la Iglesia reconozca
La santidad del P. d'Alzon... **R/**

Los requerimientos del prójimo ensanchan nuestra oración

Llevamos peticiones diversas y apremiantes.

“Os remito este paquete de recuerdos de mi familia. A cambio desearía que se ofrezcan misas por los difuntos de mi familia y también por mis intenciones, hasta donde alcance el valor estimado de lo remitido. Tengo 94 años y voy a someterme en breve a una intervención quirúrgica, soy consciente de que es una operación muy larga y arriesgada. Pero he ofrecido mis sufrimientos y mi vida, unidas a la pasión y a la muerte de Cristo. ”Entrego mi espíritu” y mi vida a la misericordia divina. Rogad por mí el 3 de diciembre, día decisivo para mí “Pascua”.”

“Rogad por mi hija S. y su hijo G. que le hace llevar una vida muy dura. No trabaja, bebe y sufre una gran depresión. Y por todos nosotros que estamos sumidos en una gran dificultad”.

“Os ruego que recéis por mi hermano y mi cuñada que están enfermos”.

“¿Puedo rogaros que recordéis en vuestras oraciones a nuestro pequeño V. que tiene 10 años y sufre una minusvalía que no le permite evolucionar al ritmo de los niños de su edad?”

Nuestra vida de oración

Los artículos 44 a 54 de nuestra Regla de vida trazan los grandes ejes de la oración de la familia de la Asunción.

“¡Señor, enséñanos a orar!” (Lucas, 11,1)

La Regla de vida es nuestra carta de vida comunitaria. Recorre el amplio campo de la oración de los Agustinos de la Asunción y traza sus ejes fundamentales en un texto fuertemente estructurado. Deja, sin embargo, espacio para las sensibilidades personales.

44. Como el P. d'Alzon, hombre de fe, reconocemos la necesidad de la oración. Ésta nos abre a la acción de Dios. Es la fuente siempre renovada de nuestra acción apostólica.

45. Por la fidelidad al Evangelio en nuestras opciones, en el trabajo diario, en la apertura a los demás y en la disponibilidad ante los acontecimientos, toda nuestra vida bajo la acción del Espíritu, se transforma en encuentro con Dios.

46. Nuestra oración se manifiesta en alabanza al Padre por la revelación de su amor y en acción de gracias por lo que hace en nosotros y en los hombres. Nos lleva también a pedir, para el mundo y para nosotros, su perdón y la fuerza de cumplir su voluntad. A su vez, la oración nos procura intimidad filial con Dios, vigor en la fe y generosidad en la acción.

47. *Nuestra vida de oración se alimenta de la palabra de Dios, especialmente por la meditación de las Sagradas Escrituras, la celebración del Oficio Divino y la acción litúrgica La Eucaristía es su centro.*

La comunión del Cuerpo de Cristo nos apremia a vivir en el amor fraterno y a servir a la unidad entre los hombres.

Por la recepción frecuente del sacramento de la penitencia nos abrimos al perdón de Dios y participamos así con mayor plenitud en el misterio pascual.

48. *Después de Cristo, nuestro único mediador, la Virgen María ocupa un lugar privilegiado, por ser Madre del Señor y su humilde esclava en el plan de la Redención. Con ella contemplamos los misterios del Verbo hecho carne, en especial con el rezo del Rosario.*

49. *Nuestras grandes intenciones son las de la Iglesia. Nos preocupamos también de nuestros hermanos vivos, pues los lazos comunitarios nos unen más estrechamente a ellos y de nuestros hermanos difuntos por los que ofrecemos fielmente las oraciones prescritas en su favor.*

50. *La oración cuestiona nuestra vida a la luz del Evangelio. Debemos interrogarnos sobre cómo nuestra vida se encarna en la oración y cómo la oración incide en nuestra vida y en la de la comunidad.*

51. *La oración es difícil para todos. Nos lleva a una lucha para que la mirada de Dios ilumine en todo momento nuestra mirada sobre el mundo. Nos exige una disciplina de vida, personal y comunitaria, que nos mantenga atentos a las llamadas del Espíritu.*

“La oración es un acto de amor entre el creador y su criatura. No hay palabras ni pensamientos que puedan expresar lo que se experimenta en ese momento. Tan sólo la ofrenda de uno mismo puede revelar plenamente la fuerza de esta unión. Me ofrezco a Él porque le amo. Y porque le amo, me ofrezco al mundo.

La oración me ensaña a conocerle y confiar en Él. En ella descubro su amor que me transforma y me hace crecer a imagen suya. La oración es redentora, es don de vida”

Michelle

“Mi oración es ante todo mi participación en la oración de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu de Jesús. Mi oración personal es la unión de mi humilde trabajo al trabajo discreto de Jesús de Nazaret: Jesús me hace entender que toda tarea vivida en la fe es un compromiso real por el *Adveniat Regnum Tuum*. Mi oración es también “*el descanso de mediodía*” (acertada fórmula del P. André Sève): unos instantes para reponer fuerzas junto al Señor. Y luego, a la hora en que Jesús se retiraba a la montaña, me dirijo con Él hacia su Padre, nuestro Padre, sin grandes discursos. ¿Acaso lo importante no es la presencia y la mirada interior? “*Yo conecto con Él y Él conmigo*””

Emile



Vueltos hacia Dios con confianza, cada cual a su manera

Orar, es dar gracias, participar, reponer fuerzas...

“En mi opinión, orar es disponer del tiempo, a menudo demasiado escaso, para meditar los textos del día [...] Cada día en el silencio [...] También es pensar, con el santo del día, en los amigos, los compañeros, los hermanos y las hermanas, los conocidos, y hacerles saber que pensamos en ellos enviándoles unas palabras, una imagen, con los textos del día, si fuese posible. Es también dar gracias a Dios por la jornada que termina. ¿Cuál ha sido el signo positivo recibido hoy? El cruce de miradas entre un niño y su mamá o su papá, un gesto de amistad, el espectáculo que nos ofrece la naturaleza, el éxito de una persona que supera sus dificultades [...] la escucha de un pasaje musical o de una palabra [...] si cada día tiene sus propias dificultades, cada día recibimos una señal de vida auténtica”

Jacques



52. Cada religioso debe poder contar con sus hermanos para encontrar con ellos condiciones favorables para la oración: recogimiento, apoyo mutuo, lugar adecuado y espíritu de libertad y de creatividad.

53. En capítulo local, los religiosos determinarán el ritmo y las formas de oración comunitaria, en especial lo que concierne a la liturgia cotidiana de las Horas (preferentemente Laudes y Vísperas), a la Eucaristía comunitaria y a los tiempos de retiro y silencio que mejor convengan. Todos comparten la responsabilidad.

54. Cada religioso tiene la responsabilidad de organizar, según su sensibilidad espiritual, su programa de oración personal. Determinará momentos regulares para su renovación espiritual, en especial el retiro anual.

Contemplará cada día:

- *la participación en la Eucaristía,*
- *la celebración del Oficio Divino,*
- *al menos media hora de meditación,*
- *y un tiempo de adoración al Santísimo.*

Tendremos siempre presente que, “para nosotros, contemplación y acción se unen en un mismo fin: servir a la extensión del Reino de Jesucristo”. (“Directorio”, en Escritos espirituales pág. 79)



El padre Manuel d'Alzon y la oración

“Señor, concédeme el saber orar como los hombres apostólicos y haz que en esta oración, si aún no soy lo suficientemente apóstol, lo sea cada día un poco más”.

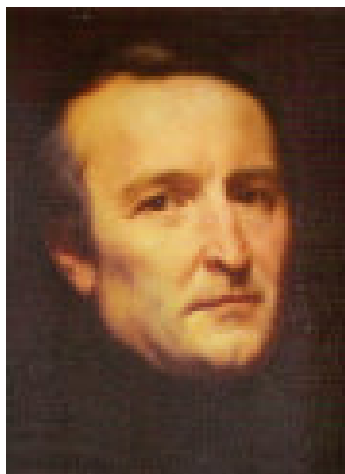
“*Meditaciones suplementarias, 1874-1875*”, Escritos Espirituales, pág. 626.

“Señor, haz que yo sea un hombre de oración, un hombre de evangelización, y que, en el trabajo, me santifique, procure el avance de tu Reino y la salvación de las almas. Amén.”

“*Meditaciones suplementarias, 1874-1875*”, en Escritos Espirituales, pág. 618.

“*Por lo que a nosotros respecta perseveraremos en la oración y en el ministerio de la Palabra*”. (Hechos de los apóstoles 6,4) y aunque tengamos que volver sobre la oración y la predicación, echemos una ojeada sobre lo que deben ser para el religioso de la Asunción, la oración y el ministerio de la Palabra.

“*Meditaciones suplementarias, 1874-1875*”, en Escritos Espirituales, pág. 614-615.



Una oración celebrada

Cada año elaboramos liturgias hermosas, fervorosas, animadas y ampliamente apreciadas. Celebración de la apertura, celebraciones eucarísticas, celebraciones penitenciales, celebraciones de la unción de los enfermos, procesiones del Santísimo Sacramento, procesiones marianas, particularmente intensas por la noche a la luz de las velas, rezos del rosario, vía crucis, oraciones en la gruta, oraciones en las piscinas... Todas se preparan con esmero. Son, cada una en su estilo, puntos culminantes de la jornada. Gestos y símbolos desplegados, canciones y músicas escogidas, se tienen en cuenta las particularidades propias de cada grupo –niños, jóvenes, enfermos, peregrinos válidos, religiosos y religiosas, hospitalidad...- resaltan y desarrollan el tema general escogido para cada año.

Una oración con mil colores

La Peregrinación Nacional tiende cada vez más a internacionalizarse. Las diferentes regiones de Francia se combinan armoniosamente con el colorido y vestimenta de las Islas, de África y de Asia. Las intenciones y los textos se proclaman en todas las lenguas del mundo: una auténtica “oración mosaico” una amplia oración de Pentecostés, cuando cada uno comprende la fe, la esperanza, la caridad de todos los demás en su propia lengua.

La oración de un pueblo en marcha

Esta oración diversa de un pueblo reunido por el Espíritu no diluye la oración personal sino por el contrario la reanima, la alimenta, la afianza y la amplía a las dimensiones de todo el pueblo de Dios.

Un inmenso pueblo peregrino

La Peregrinación nacional, a Lourdes el 15 de agosto, representa la oración sencilla e inmensa de un pueblo en marcha.

“¡En cualquier momento de la vida y de nuestro encuentro con Dios en que nos hallemos, una peregrinación a Lourdes es un momento fuerte, un momento fundador en una vida!”

La Peregrinación nacional nació con la Asunción, que la mantiene, no únicamente porque es un tesoro de familia sino también porque es un lugar privilegiado de la venida del reino de Dios.

Los Agustinos de la Asunción llevan la responsabilidad de la Peregrinación nacional –llamada también “la Nacional”- desde 1873. Responsabilidad ampliamente compartida con las Hermanitas, las Oblatas, las Orantes de la Asunción así como con la Hospitalidad Notre-Dame de Salut. Peregrinación muy apreciada y disfrutada por numerosos enfermos y otros peregrinos (ver www.pelerinage-national.org).

Una oración educada

No es fácil dirigir la oración sencilla y espontánea de un pueblo inmenso. Las sensibilidades religiosas, las tradiciones y los gestos de la práctica son tan diversos que unificarlos, unirlos como en una inmensa gavilla, exige respeto, educación, acompañamiento. Numerosas conferencias y catequesis ayudan a crear y estructurar una conciencia común.



“Debe empaparse del conocimiento de nuestro Señor, el auténtico modelo del hombre apostólico. ¿Y quién dará a nuestra alma el deseo de la gloria de Dios, el amor de las almas, si no es la meditación sobre el valor que Jesucristo les ha dado?”

“*Meditaciones suplementarias, 1874-1875*”, en Escritos Espirituales, pág. 615.

“Señor Jesús, que hiciste brillar en san Pedro la confianza en tu palabra, la humildad y la presteza para obedecer, y que recompensaste estas virtudes poniéndole a la cabeza de tus corderos y ovejas, no te olvides de la Iglesia que le confiaste cuando volviste a los cielos, de donde habías descendido para fundarla y rescatarla con el precio de tu sangre; no te olvides de esta Iglesia expuesta a grandes peligros.”

“*Novena a san Pedro para pedir a Dios que acuda a socorrer a su Iglesia 1838-1839.*”.

“Me permito sugeriros dos autores: san Juan de la Cruz y san Francisco de Sales [...] Uno pertenece a una orden contemplativa y el otro vivió inmerso en los trabajos apostólicos y se relacionó con cristianos de todas clases”.

“*Quinta Circular, 1864*”. en Escritos espirituales, pág. 216

“Creo que para revivir el amor y su primera frescura, tenemos que hacernos, en cierto modo, niños con nuestro Señor. [...] Por lo general, nos presentamos ante Dios como personajes importantes. Un poco de humildad y de sencillez, de mortificación nos ensancharían el corazón permitiendo que la gracia lo comble con mayor facilidad de una ternura amorosa”.

Carta a las Adoratrices, 21 de junio de 1857.

“Nos gustaría persuadirnos a nosotros mismos de que hace falta mucho tiempo, una larga experiencia, una ciencia consumada. Esto no son más que simples pretextos. ¡Qué sobrecarga puede representar un simple cuarto de hora, media hora como mucho, dedicadas a la meditación! ¿A caso necesitamos más tiempo?”

“*La Oración*”, 14 de enero de 1851.

“El cristiano que desea llegar a la meditación no debe contentarse con un esfuerzo pasajero; se necesita ser constante para vencer todos los obstáculos... Comenzar y dejarlo al cabo de un tiempo no sirve de nada, hay que perseverar. Caminamos aún por el país de las dificultades, envueltos en la tenue claridad de la fe”.

“*Decimoquinta Meditación, La Oración*” en *Escritos espirituales*, pag.431

“No debe resultarme extraño que la oración me resulte fatigosa, aburrida, que me cause desgana, sequía espiritual, sufrimiento; pero lo importante es vencer estas dificultades y acercarnos a Dios como Él quiere que lo hagamos”.

Directorio, tercera parte, cap. 5 “La Oración”, en *Escritos espirituales*, pag. 91.

“Si queremos avanzar en la oración, hemos de seguir resueltamente la voz de Dios, escucharla, llevar a cabo aquello que hayamos oído [...] en el recogimiento y el silencio de nuestra alma. No nos podemos contentar solamente con aquello que nuestra debilidad puede soportar. Tenemos que prepararnos para dar más. [...] ¿Qué clase de desapego aceptamos? Si no renunciamos a ciertas cosas, no llegamos a ninguna parte. En este caso nuestra oración no es más que vana especulación”.

“*L’Oraison*” 21 de enero de 1851.

del culto de la bendición, de la gloria que le debo, en unión con la adoración y la gloria que le presenta su Hijo?” (*Directorio*”, en *Escritos espirituales*, pág. 23)

Una particularidad importante: la adoración del Santísimo Sacramento. Sin lugar a dudas, la Iglesia católica romana es la única que ha desarrollado de manera tan importante el culto del Santísimo Sacramento: procesiones, bendiciones, exposiciones del Santísimo, congresos eucarísticos, visitas al Santísimo, exposiciones permanentes... Es la afirmación de la presencia permanente de Cristo en nuestro mundo, en el corazón de su Iglesia, la prueba de su amor incondicional. No separemos nunca la adoración de este único sacrificio de Cristo, muerto y resucitado, en quien todo se consuma. Y no olvidemos nunca que el amor al prójimo, sea quien fuere, es el otro “sacramento” de la presencia del Señor en nuestro mundo y en nuestra sociedad.

La “visita al Santísimo”. ¿Y si este fuera el momento privilegiado de volver junto al Señor, como lo hacían los discípulos para repasar ante Él la actividad de una jornada misionera, para hacerle partícipe de las alegrías, de las penas, de las dificultades que habían surgido, de los obstáculos vencidos, de las barreras infranqueables, para retomar junto a Él la fuerza necesaria para proseguir la tarea?

El religioso, durante la oración, puede participar de esta fuerza de intercesión de Jesús. Cristo resucitado ya no muere, pero prosigue su obra de intercesión en su cuerpo místico, que es la Iglesia. ¿Qué hace el religioso cuando está en adoración? Representa a la Iglesia ora con una autoridad mayor que la suya propia, pero una autoridad todopoderosa; Transmite, a través de los labios divinos del Meditador celeste, su oración por las almas.” (*Meditación sobre la Eucaristía*”, en *Escritos espirituales*, pág. 950.)

Contemplación y acción

La hora solemne de los religiosos

Adorando al Santísimo Sacramento, afirmamos la presencia constante de Dios en el mundo.

“¿Qué hace el religioso cuando adora? Representa a la Iglesia, ora con una autoridad mayor que la suya propia; Transmite, a través de los labios divinos del Meditador celeste, su oración por las almas” M.d’Alzon, Escritos espirituales.

Podríamos decir que la congregación de la Asunción nace de la adoración, aquella noche de Navidad de 1845. El P. Manuel d’Alzon nos lo recuerda a lo largo de su vida. Siempre orientada a la misión. Por este motivo estamos sensibilizados ante la oración heterogénea del pueblo de Dios en los lugares de peregrinación, atentos, receptivos a la súplica de los hombres de nuestro tiempo, preocupados no solamente de rezar con el P.Manuel d’Alzon y por él, sino también como él.

“Adorar” este es un verbo muy manoseado desde hace siglos: se adoró al becerro de oro, hoy en día se adora cualquier cosa. Y sin embargo la adoración es la actitud más conveniente para el hombre ante su Dios. En la oración, el hombre reconoce lo que el P. d’Alzon reivindicó toda su vida: “*entregar a Dios todos sus derechos*”; “*Restituir a Dios todo lo que le pertenece*”. En esta actitud, no hay ninguna dialéctica de amo y esclavo. Dios es Dios y el hombre la obra de sus manos, hecho a su imagen y semejanza, “*creado con sabiduría y por amor*”. (Oración eucarística IV)

En la adoración, el hombre hace su libre ofrenda a Dios, en nombre de quienes no adoran. Es “*la hora solemne de los religiosos*” (“Meditación decimocuarta, La oración”, en *Escritos espirituales*, pág. 425.) ¿Qué idea me he hecho yo de la ofrenda,

Venga Tu Reino

Una oración de apóstoles: totalmente vuelta hacia Dios, orientada absolutamente hacia los hombres.

“Para nosotros, la contemplación y la acción están unidas para conseguir un mismo objetivo: contribuir a la expansión del Reino de Jesucristo”. M. d’Alzon, Escritos espirituales.

Monjes-apóstoles, curiosa asociación de conceptos. Sin embargo expresa algo crucial en nuestro carisma: nunca se puede separar nuestra búsqueda absoluta de Dios de la urgencia que nos apremia para anunciar el Evangelio del Señor y para poner en práctica el único mandamiento del amor.

Nuestra vida cristiana o profana, laica o religiosa, está llena de tensiones inevitables. Algunas nos atormentan, otras, por suerte, conllevan una asombrosa fecundidad. El equilibrio es un arte difícil de lograr, nunca totalmente adquirido, y que hay que reinventar sin cesar: equilibrio entre vida de familia y vida profesional, entre la indispensable soledad y el intercambio con los demás bajo múltiples y complejas formas, entre compromisos sociales, políticos y tiempos de descanso, de ocio, entre intereses, entre ganancias, beneficios y gratuidad, entre vida comunitaria y labores apostólicas, entre vida de oración y apostolado...

Algunas interpretaciones espirituales extremas nos han arrastrado a callejones sin salida. ¡Cuántas cosas se han dicho y escrito entorno a las dos figuras evangélicas de Marta y María, casi siempre para contraponerlas de manera artificial y estéril!

Para el P. d’Alzon, contemplación y acción están en una profunda sinergia. No existe ninguna contradicción entre estas dos actitudes. Al fundar una congregación nueva, que quiso fuera una orden moderna, Manuel d’Alzon dio con esta fórmula que nos sigue sorprendiendo: “*monjes-apóstoles*”.

Venga Tu Reino

Nos propone dos referentes para nuestra vida de oración: Juan de la Cruz, el contemplativo, y san Francisco de Sales, el pastor. Hay otra figura que subyace constantemente. Es la de san Agustín, que compaginó la vida en comunidad con sus hermanos sacerdotes: *“Vivid unidos en casa, no teniendo más que una sola alma y un solo corazón vueltos hacia Dios”*, con la total entrega al pueblo que tenía pastoralmente a su cargo: *“obispo para vosotros”*.

La oración que el P. d’Alzon nos plantea es una oración de apóstol, totalmente vuelta hacia Dios y al mismo tiempo hacia el hombre y las sociedades a evangelizar.

Alabanza, acción de gracias, adoración, no neutralizan el empeño arrollador por la *“salvación de las almas”*.

Hay frases que resuenan con fuerza en nuestros corazones aunque hayamos, a veces, olvidado el texto concreto:

“El apostolado no es simple acción humana sino obra de Dios, por lo tanto la acción es inseparable de la oración.” (Capítulo general 1987: “La Oración apostólica” en actas oficiales, pág. 33)

¿Estoy convencido de que mi primer trabajo de religioso apóstol es la oración por el Reino? (Idem pág. 36.)

“Sin ejercicios prácticos, la comunidad apostólica es más teórica que real. Se edifica a través de la oración apostólica, el capítulo de la comunidad, el compartir apostólico. Estas mediaciones son indispensables para su existencia.” (Capítulo general, Roma, 2 – 21 de mayo de 1999, en Apasionados de Dios para un siglo nuevo, nº 20)

Difícil equilibrio, pero indispensable para garantizar la disponibilidad del corazón y del espíritu y la fecundidad de una misión que no nos pertenece: transmitir a los demás lo que hemos contemplado en nuestro interior.

Riquezas y diversidad de la oración

- La hora solemne de los religiosos
- Un inmenso pueblo peregrino
- Vueltos hacia Dios con confianza, cada cual a su manera
- Las llamadas del prójimo amplían nuestra oración
- Una oración universal por la Asunción

Cuando decimos: “*perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*”, nos recordamos a nosotros mismos lo que estamos pidiendo y lo que debemos hacer para merecerlo.

Cuando nuestro ruego es: “*no nos dejes caer en la tentación*”, estamos advirtiéndonos a nosotros mismos que debemos presentar este ruego a Dios, no sea que, desposeídos de su ayuda, nos dejemos seducir por alguna tentación o que sucumbamos a causa de la aflicción.

Y finalmente cuando solicitamos: “*libranos del Mal*”, recordamos a nuestro espíritu que no hemos alcanzado aún este estado en el que ya no tengamos que sufrir ningún mal. Estas últimas palabras de la oración del Señor van tan lejos, que sean cuales fueren las aflicciones en las que se encuentre sumido un cristiano, debe utilizarlas para expresar su lamento, apagar sus lágrimas, comenzar, prolongar y acabar su oración.

Por lo tanto, necesitábamos las palabras de esta oración para tener muy presente cuáles son los bienes que debemos implorar.

San Agustín,
Carta a Proba, nº 21



La oración es difícil para todos

Necesitamos aprender a orar a lo largo de nuestra vida, a pesar de las dificultades, y por el servicio de Dios.

“La oración nos lleva a una lucha para que la experiencia de Dios ilumine en todo momento nuestra mirada sobre el mundo.” (Regla de vida nº 51.)

La oración es difícil para todos.” Es una frase de un realismo alentador en el corazón de nuestra experiencia espiritual. Para señalar esta dificultad, el P. Manuel d’Alzon gustaba de utilizar la imagen de la lucha, del combate: “La oración es una lucha entre Dios y el alma, hasta que el alma, subyugada por Dios y purificada por todas las pruebas que Dios tenga a bien imponerle, alcance la unión perfecta.” (“Directorio”, en Escritos espirituales, pag, 91.) “En esta oración luchareis con Jacob, luchareis mejor que los discípulos en el huerto de los Olivos.” (“Sermón de toma de hábito, 24 de mayo de 1880”, en escritos Espirituales pag. 1219.) **La Regla de vida recoge esta misma imagen:** “La oración nos lleva a una lucha para que la experiencia de Dios ilumine en todo momento nuestra mirada sobre el mundo.” (Regla de vida nº 51.)

En 1875, el P. Francisco Picard escribirá al P. d’Alzon, hablándole de sus religiosos: “¡Puede contar con una abnegación absoluta! ¡Pero qué pocos religiosos saben orar!”

En otro momento, el P. Manuel d'Alzon hará una observación similar: *“En la vida de oración, hay muchas almas que no consiguen alcanzar el objetivo, y así como los Judíos decían a Nuestro Señor: “Estas palabras son duras de oír”, del mismo modo nos encontramos con religiosas para quienes la contemplación es penosa, y vienen a las horas de meditación para distraerse, descansar, ¡yo diría que hasta para dormir! Y así es como un tiempo consagrado a la comunicación con Dios se torna en tiempo perdido, si no en tiempo culpable.”* (“El Espíritu de oración, septiembre de 1871” en Escritos espirituales, pág. 1155.)

Cada uno lleva a cabo esta experiencia a lo largo de su vida. No tenemos la mirada puesta en Dios de manera espontánea, aunque el deseo de Dios invada misteriosamente en nuestra conciencia. Y cuando, a veces, disfrutamos de estos momentos privilegiados, nos resulta difícil permanecer, mantenernos en ellos: *“Debo siempre pensar en aquello que mi alma afeciona. Si amo a Nuestro Señor, no debo apartar de Él mi pensamiento.”* (“Directorio”, en Escritos espirituales, 25.) *“Dios es el bien supremo; mi felicidad debe consistir en poseerlo para la eternidad. ¿Porqué no estoy centrado en ello aquí abajo, porqué no ocupa constantemente mi pensamiento? ¿Porqué mis pensamientos se desvían hacia otras cosas?”* (idem. pág, 27)

La oración requiere silencio y soledad. Nuestros silencios y nuestras soledades están contaminados, invadidos por otras preocupaciones y a menudo reducidos a su más simple expresión: *“Nuestra oración debe ser solitaria y en recogimiento, sí, todos necesitamos retiro y soledad, y debemos estar convencidos de que si el exceso de trabajo nos arrebatara el beneficio de una vida retirada y silenciosa, debemos reservarnos cada año una temporada de retiro y silencio. Pero cuántas ocasiones tenemos para el recogimiento y sin embargo nos disipamos.”* (“La Perfección del religioso de la Asunción”, en Escritos espirituales, págs. 615-616)

Oramos como Jesús

San Agustín nos recuerda el movimiento fundamental del Padrenuestro, la oración de Nuestro Señor.

“Necesitábamos las palabras de esta oración para recordar a nuestra memoria los bienes que tenemos que pedir.” San Agustín

Somos nosotros quienes necesitamos las palabras para centrar nuestra atención en aquello que pedimos pero de ningún modo para instruir al Señor y hacerle condescender a nuestros ruegos.

Así pues, cuando decimos: *“Santificado sea tu Nombre”* nos prevenimos a nosotros mismos de que debemos desear que su Nombre, que no deja de ser santo, lo sea también ante los hombres y que no sea nunca menospreciado – lo cual es útil no a Dios sino a los hombres.

Cuando en la oración decimos: *“Venga tu Reino”* – que vendrá lo queramos o no- , tornamos nuestro deseo hacia ese reino, a fin de que venga para nosotros y merezcamos participar en él.

Cuando nuestra oración es: *“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”*, le pedimos para nosotros mismos una obediencia que permita que cumplamos su voluntad como la cumplen los ángeles en el cielo.

Cuando imploramos: *“Danos hoy nuestro pan de cada día”*, la palabra “cada día” significa el tiempo presente. En esta oración, imploramos, sea los bienes necesarios para la vida, englobándolos todos en el más imprescindible, el pan, sea el sacramento de los fieles, que nos es necesario en este mundo no para obtener la felicidad en el tiempo presente sino para la felicidad eterna.

En la oración comunitaria, san Agustín experimenta con sus hermanos la fuerza y la felicidad del “*cor unum et anima una*”, un solo corazón y una sola alma vueltos hacia Dios. En la oración, Dios lleva a cabo la unión de los corazones y de las conciencias, permite que la comunidad reunida cante con una sola voz, como las cuerdas de una cítara maravillosamente templada. Así, la unidad de las voces y de los corazones conseguida en la oración permite a cada uno y a todos en conjunto acoger esta presencia de Dios tan deseada.

Finalmente, san Agustín, como buen pastor, hace de la recitación de los salmos su oración preferida, porque es al mismo tiempo la oración del individuo en su situación concreta y la oración de todo un pueblo en marcha, la oración del pueblo de la Primera Alianza; pero también es la oración de Cristo y, aún hoy, la oración de la Iglesia. Sus numerosos comentarios de los salmos muestran cómo el rezo de los salmos es a la vez oración de Cristo y oración de la Iglesia. Unas veces es Cristo quien ora solo, como cabeza de la Iglesia, otras, la Iglesia ora, como cuerpo de Cristo. Pero a decir verdad, es siempre el Cristo total quien se dirige al Padre.

“Así pues, cuando presentamos nuestras súplicas a Dios, no nos separemos del Hijo y cuando reza el Cuerpo del Hijo, que no se separe de la cabeza. Que Él mismo, el único Salvador de su cuerpo, Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, ruegue, al mismo tiempo, por nosotros y que nuestras oraciones se dirijan a Él. Intercede por nosotros como nuestro Sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza, y dirigimos a Él nuestras oraciones como nuestro Dios. Así pues, reconozcamos que nuestras palabras están en Él y sus palabras están en nosotros. [...] Nuestras oraciones van, por lo tanto, dirigidas a Él, por Él y en Él. Nosotros las decimos con Él y Él las dice con nosotros, recitamos en Él y Él en nosotros la oración de los salmos.”

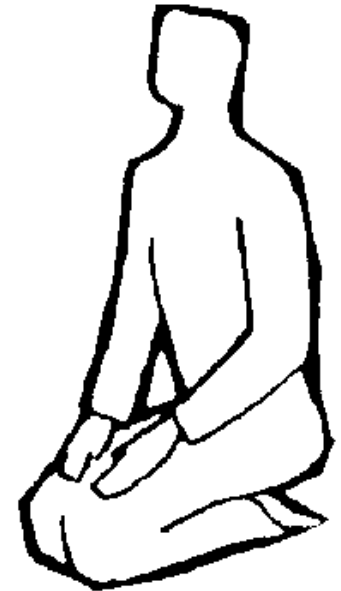
No son más que algunos indicios pero la Asunción los reconoce con agrado como hitos de su itinerario espiritual.

Venga Tu Reino

No sabemos ocuparnos de Dios, ni en la oración ni en nuestro trabajo: “*El religioso que se ocupa demasiado de las cosas de la tierra, no encuentra tiempo para ocuparse de las cosas de Dios.*” (Séptima circular, Nîmes a 13 de julio de 1874”, en Escritos espirituales, pág. 243) “*Que los religiosos de nuestra pequeña familia recuerden que nunca han de pedir nada que no tienda a una mayor gloria de Dios. En las dificultades que Dios ponga en su camino nunca pedirán que se les libere de ellas a no ser que ello contribuya a una mayor expansión del reino de Jesucristo. Al intentar liberarse de las dificultades temporales, han de tender únicamente hacia una mayor facilidad para el servicio de Dios al que deben estar total y absolutamente consagrados.*” (“Directorio”, en Escritos espirituales, pág. 56.)

“*Cuando considero la influencia que Nuestro Señor Jesucristo prometió a la oración: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”, y que al mismo tiempo veo los escasos resultados que obtenemos, esto me lleva a sacar como conclusión que no somos hombres de oración”* (Escritos espirituales, pág. 1360.)

La oración es necesaria: una certeza; la oración es difícil: una evidencia; por lo tanto debemos aprender a orar.



Venga Tu Reino

Bajo la mirada de Dios, la oración

Siguiendo la estela de los maestros, san Juan de la Cruz y san Agustín, una oración desinteresada.

“Dios es mi bien supremo; por lo tanto debo tender a acercarme a Él: el poseerlo será mi felicidad” M. d’Alzon, Escritos espirituales.

La oración es el privilegio de los corazones sencillos, total y gratuitamente vueltos hacia Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el tiempo y el espacio en que el ser humano toma conciencia de lo que es bajo la mirada de Dios, hijo bien-amado del Padre, y de lo que Dios es para él, Padre, fuente de amor y de vida. Lugar y momento privilegiados en los que Dios existe como Dios y el hombre como criatura suya. Uno frente al otro: “Yo conecto con Él y Él conmigo.” “Así pues, la finalidad de la oración es que hablemos a Dios y que Dios nos hable” (“El Espíritu de oración, septiembre de 1871”, en Escritos espirituales, pág. 1155.)

No se trata de una técnica para obtener resultados, menos aún méritos o recompensa. Es un momento de lucidez, un momento de existencia pura. El hombre sabe cuál es su origen y su destino; no es un ser producto del azar, arrojado a la existencia por descuido, ha nacido del amor, se le invita a entrar en comunión con Aquél que le ama. La oración: es el lugar en el que me ocupo de Dios, no de mis asuntos y de mis problemas personales. “La vida del religioso ha de ser una vida de oración y recogimiento en presencia de Dios.” (*Escritos espirituales*, pág.61)

De manera más sutil, la oración es, para el P. d’Alzon, la anticipación en la vida de fe de su vocación última de hombre: ver a Dios y vivir definitivamente en su presencia, en el conocimiento y en el amor.

**“No diga; nada sin Él,
Él no dirá nada sin ti”**

**En el camino de la oración,
san Agustín es nuestro guía.**

“Que Nuestro Señor Jesucristo interceda por nosotros, ore en nosotros y que nuestras oraciones se dirijan a Él” San Agustín.

Si decimos que el P.d’Alzon es un habitual de san Agustín, nos quedamos cortos. Sin lugar a dudas, fue sensible a algunas de sus líneas directrices más fuertes, que aún hoy pueden orientarnos en el camino de la oración.

En primer lugar, san Agustín está a la escucha del Maestro interno. Nos lleva por este camino de interioridad. Dios nos es más profundo que lo que nosotros mismos podamos serlo. ¿Y entonces, porqué buscar fuera de nosotros al que nos resulta más íntimo que nosotros mismos? La oración nos permite conducir nuestro corazón hacia nuestro corazón, nuestra conciencia hacia nuestra conciencia, “*ab exterioribus ad interiora*” (“*desde todo lo exterior al centro de nuestro corazón*”). Somos “deseo” de Dios. Por tanto sólo Él puede colmar nuestro deseo: “*Nos has hecho vueltos hacia ti, y nuestro corazón está insatisfecho hasta que no descanse en ti.*”

“*Toda la vida del cristiano es un santo deseo [...] y Dios, haciéndonos esperar, amplía nuestro deseo; haciéndonos desear, abre el alma, al abrir el alma, aumenta su capacidad de recepción.*” (“Sermón sobre la primera epístola de san Juan”.) La oración me revela mi deseo y acoge la respuesta de Dios.

“Reina de los ángeles,
reina de los que son recompensados en el cielo por las virtudes
que practicaron siguiendo vuestro ejemplo,
volved una mirada materna en el día de vuestro triunfo
hacia vuestros hijos que todavía luchan.
prestadles vuestro favor protegiendo a la Iglesia
de la que son miembros y de la que vos sois la Madre,
y haced que estas palabras,
provocando una viva confianza en vuestro poder,
despierten al mismo tiempo en su espíritu
el sentimiento de la necesidad de amar a la Iglesia de vuestro Hijo,
para participar de sus beneficios.”

(Textos registrados del P. d’Alzon –Corpus Causae- 42,10



Antiguamente se llamaba a eso la visión beatífica; “Dios es mi bien supremo, por ello debo tender a acercarme a él: mi felicidad consiste en poseerle” (“Directorio”, en *Escritos espirituales*, pág. 26.)

“*El objetivo final es la unión a la Trinidad en el cielo: “La vida contemplativa, dice san Gregorio, tras haber pisoteado todos los apetitos terrestres, se inflama en un ardiente deseo de contemplar el rostro de su Creador.” Ese es el objetivo final de la oración. Es, por decirlo así, el noviciado del cielo. Aquí el esfuerzo, allá arriba el gozo.*” (“Decimoquinta Meditación, la Oración”, en *Escritos espirituales*, pág. 437.)

“*Partamos de tres verdades incontestables:*

El objetivo de la vida de perfección es la unión con Dios, unión cuya cumbre es la visión beatífica en la gloria, pero que comienza en la tierra por medio de la fe.

El Espíritu Santo sopla donde quiere, y para atraerse a las almas, emplea los medios que conoce, y que nadie tiene derecho a imponerle.

*No obstante, la oración tiene su ciencia, y, en consecuencia, requiere un método basado en las Sagradas Escrituras, la doctrina y la experiencia de los santos.” (Quinta circular, Nimes a 27 de junio de 1874”, en *Escritos espirituales*, pág. 215 – 216.)*

“*Puesto que nuestra vida debe ser una vida de oración, y que dejamos a las almas libertad de movimientos en su caminar hacia Dios, siendo para nosotros la oración el medio por el que, de la manera más perfecta posible, nos unimos a Dios, nuestro objetivo último.. No pensáis que debemos aplicarnos en ir hacia Dios a través del conocimiento del Hijo en el amor del Espíritu Santo?” (Idem pág. 217.)*

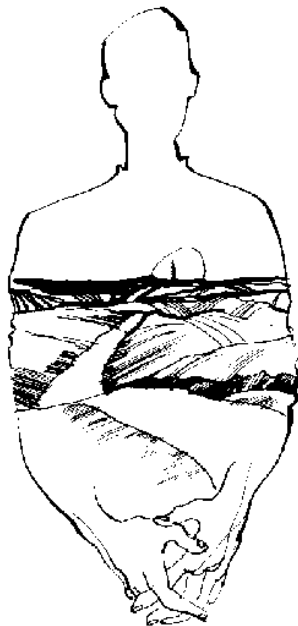
¡Ah! Sabe perfectamente que Dios es el Bien Supremo, el único al que merece la pena apegarse; sabe que, aquí abajo, tan sólo la fe puede conducirle a Dios, y su fe se inflama en cierto modo por medio de un inmenso amor hacia aquél que no ve, pero a quien quiere estar unido por lo más íntimo de su ser.” Decimoquinta Meditación, la Oración”, en Escritos espirituales, pág. 431.)

Este estado de ánimo no se circunscribe a los escasos momentos que dedico a la oración propiamente dicha, a lo largo de todo el día debo procurar “*estar en presencia de Dios*” y permanecer atento. “*Iniciar y dejarlo, no sirve de nada, hay que perseverar.*” (Idem pág. 431.)

“*No debo dejar de pensar en aquello que tiene todo el afecto de mi alma: si amo a Nuestro Señor, debo pensar en Él continuamente.*” (“Directorio”, en Escritos espirituales, pág. 24.)

“*Dios es mi bien supremo; por lo tanto debo tender a acercarme a él: mi felicidad consiste en poseerle*” (Idem pág. 26.)

La oración es esa experiencia privilegiada, que vivo en la fe, de una presencia y de un anticipo de la verdadera felicidad.



Le Vigan, Nuestra Señora de Bulgaria, el primer alumnado de Nuestra Señora de los Castillos, origen de numerosas vocaciones.

El P. Manuel d’Alzón se alegró cuando el papa Pío IX proclamó en 1854 el dogma de la Inmaculada Concepción. Esperaba secretamente, sin impacientarse, la proclamación del misterio de la Asunción.

Él mismo frecuentaba asiduamente, con los alumnos, los profesores, los hermanos, los lugares de peregrinación de su diócesis y de los alrededores: Nuestra Señora de Rochefort, Nuestra Señora de Gracia, Nuestra Señora de Bonheur en Espérou. Le gustaba hacer una visita a Nuestra Señora de las Victorias, en París, Nuestra Señora de Fourvière, Nuestra Señora de la Garde.

¿A caso no acudió, acontecimientos, a Lourdes, diez años apariciones?

En todos estos contemplación de de María, el P. encuentra con la Evangelios, dócil a para el proyecto de

humanidad, presente, discreta, en los momentos cruciales de la vida de su Hijo, a los pies de la Cruz, asidua a la oración, en medio de los discípulos, esperando la llegada del Espíritu. “*Para conocer a la Santísima Virgen, basta con el Evangelio.*” Esto nos va perfectamente. Los escasos ecos que nos han llegado de la oración de María en los evangelios son humilde aceptación, alabanza llena de admiración, confianza absoluta. El P. d’Alzón se empapó ampliamente de esto. Estos ecos podrían fecundar, sin que hubiera la menor reticencia por nuestra parte, nuestro propio impulso de la oración de los servidores del Reino.



sin precipitar los la Salette, luego a después de las

lugares y en la todos estos misterios Manuel d’Alzon se Virgen de los la Palabra, disponible Dios sobre la

Bajo la protección de María

El Padre Manuel d'Alzon quiso poner explícitamente sus congregaciones bajo la tutela de Nuestra Señora.

“El espíritu de la Asunción se resume en unas pocas palabras: el amor de Nuestro Señor, de la Virgen, su madre, y de la Iglesia, su esposa.” M. d'Alzon. Escritos espirituales.

A veces se dice que las congregaciones fundadas por el Padre d'Alzon no son “congregaciones marianas”. No cabe duda que habría que explicar lo que subyace bajo esta afirmación y justificarlo.

El P. d'Alzon recogió en una fórmula chocante el espíritu que él entendía imprimir a su congregación. Lo podríamos enunciar así: trabajar para que venga el Reino, amando a Cristo y lo que Él más amó, María, su madre y la Iglesia, su esposa. *“El espíritu de la Asunción se resume en unas pocas palabras: el amor de Nuestro Señor, de la Virgen, su madre, y de la Iglesia, su esposa.”* (Directorio en *Escritos espirituales*, pág. 20)

En nuestras familias religiosas, se nos ha marcado fuertemente con el sello de este “triple amor”.

El Padre Manuel d'Alzon quiso poner explícitamente sus congregaciones bajo la tutela de Nuestra Señora de la Asunción, dándonos “Las constituciones de los Agustinos de la Asunción”. Muchas de sus obras se desarrollan bajo la protección de María: El colegio de la Asunción en Nimes, cuna de la congregación, la asociación Notre-Dame-de-Salut, el primer noviciado de las Oblatas en

Miembros del pueblo de Dios, obreros del Reino

La Asunción prioriza la oración de la Iglesia.

“Orar en la nave central, frente al altar mayor y no en los laterales.” M. d'Alzon. Escritos espirituales .

Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18,20.) Esta certeza nos llega directamente del Evangelio. Pero Cristo quiso también enseñarnos a orar “en espíritu y verdad” (Jn. 4, 23.), no en un templo construido por el hombre: a partir de ahora, Dios acoge la oración de su Hijo que brota de todo su cuerpo que es la Iglesia. Desde sus orígenes, la Asunción apoya su oración en esta doble certeza.

La Iglesia, pacientemente elabora, a lo largo de los siglos, su oración de alabanza, de acción de gracias, de sacrificio, de adoración, de súplica, unida a la oración de Cristo. Bebe en el tesoro de los salmos que dieron forma a la evolución del pueblo elegido en primer lugar y modelan su oración de pueblo recién nacido.

Recoge los grandes relatos de la historia sagrada, los medita a la luz del Resucitado; escruta los textos proféticos que, todos ellos, de una manera u otra anuncian el misterio venidero; pone en evidencia los hechos y gestas de los grandes personajes bíblicos que vivieron en la fe, precursores misteriosos del Hijo del hombre que habría de llegar. A la luz del Evangelio y de su propia historia, guiada por el Espíritu Santo, “evangeliza” la oración de los hombres de todos los tiempos, para purificarla y convertirla en la oración de los hijos de Dios.



La liturgia cristiana nacida de la muerte y resurrección del Señor, celebra en primer lugar a Cristo que se hizo obediente hasta la muerte en la cruz y a quien Dios restituye su gloria primera. La Eucaristía, memorial y actualización de estos hechos, está en el centro de la oración de la Iglesia. Esta liturgia no ha agotado aún todas las riquezas de este misterio. De este modo nos hace recorrer todas las etapas de la salvación, desde el Adviento hasta la fiesta de Cristo, Rey del universo que recapitula en Él todas las cosas para someterlas a su Padre.

Esta liturgia es al mismo tiempo anuncio del mundo futuro. Justifica y estimula nuestra pasión por la llegada del reino de Dios. No nos exime de las responsabilidades que nos incumben en el mundo de los hombres. Es una oración que nos impele a sumergirnos en la masa humana para transformarla, no a sustraernos de ella como desertores. Curiosamente, el anuncio de este mundo futuro nos “compromete” con el mundo presente, porque la humanidad entera, y el universo con ella, “*gimen con dolores de parto*”(Rom. 8, 22.)

De este modo la oración de la Iglesia es la celebración de las gestas de Dios a lo largo de la historia, memoria viva de la acción de Dios; actualiza para nosotros la riqueza de la gracia que nos llama a crecer en el amor de Dios y de los demás; anuncia el mundo futuro, no como una realidad extraña a nuestro mundo impuesta desde el exterior, sino como manifestación de la Buena Nueva, puesta en nuestros surcos como la simiente en la tierra, como la levadura dentro de la masa.

Y sin embargo, en el centro de esta oración de Jesús, está no únicamente la unidad, sino también el uno. Es aún más abrupto y más chocante. Y este “uno” concierne a los dos círculos de personas evocadas: los discípulos de la primera hora y los discípulos a través de la historia, los cristianos de ayer y los cristianos de hoy. Este “uno” será una señal para el mundo y de este modo podrá descubrir la palabra del Enviado del Padre y el peso del amor de Dios. Uno. ¡Qué alto grado de comunión se requiere entre todos aquellos que siguen la huella de Jesús! Aunque la historia nos recuerde todos los acontecimientos que ponen de manifiesto la división de los cristianos, nosotros estamos llamados a ser uno, un único ser, un único cuerpo, una sola alma.

Por si no lo hubiéramos entendido bien, Jesús añade un “como”. “*Que sean uno como nosotros somos uno.*” El “nosotros” designa al Padre y al Hijo. La unidad que Jesús pide a sus discípulos está directamente relacionada con la unidad que existe entre el Padre y el Hijo. Mas comprendamos bien esta relación: no es de imitación sino de cimentación. No estamos comparando dos tipos de relación, la de los hombres entre ellos y la del Padre y el Hijo, sino que confesamos que “el uno” de los discípulos sigue siendo un don de Dios. La comunión humana no sólo es posible gracias al impulso divino. El amor de Dios es quien no eleva hasta convertirnos en un solo Cristo. Ver con cierta perspectiva el uno de Dios y el uno de la comunidad debe tranquilizarnos un poco. No llevamos a cabo la unidad con la fuerza de los puños, sino con la fuerza de la oración, cuando las relaciones entre los humanos se abren a la corriente de la vida trinitaria. Jesús no ordena, implora al Padre. El Espíritu, sin ser nombrado, es el actor principal de la operación.

P. Bruno Chenu,
Asuncionista

Extracto de *Herederos del Evangelio. Orar 30 días con los religiosos de la Asunción*, Bayard Ediciones/Centurión, 1999, pág. 81 – 83.

“Ser Uno en la Palabra y en la gloria”

Una meditación de la oración de Jesús (Juan 17, 20 – 23).

“Que sean uno en nosotros, y que el mundo crea que me has enviado”
Juan 17, 22.

A la edad de veinte años, el futuro P. d’Alzon confiaba ya a Cristo en su meditación sobre el discurso de despedida (Juan 13, 31 – 17,26): “De todas las páginas de vuestra vida mortal, ninguna me llega tan al fondo como este último discurso.” (19 de febrero de 1831, en *Escritos espirituales*, pág. 741) Puesto que en esta solemne circunstancia, Jesús da a sus discípulos la última recomendación: “La unidad, este es el bien supremo que les desea, la última palabra de las enseñanzas de su evangelio.” (13 de febrero de 1869, en *Escritos espirituales*, pág. 701)

No es fácil hoy en día estar receptivos ante un llamamiento a la unidad. Todo cuanto designamos bajo el término de “mundialización” es una forma de realización de la unidad del mundo.: un mercado único (la libre competencia), un único modelo (el capitalismo), una moneda única (el dólar), una sola forma de comunicaciones (la informática), una única cultura (Hollywood). Pero ante estos procesos convergentes afloran inmediatamente nuestros recelos: sentimos cómo arrasan las diferencias culturales y consolidan la dominación de los fuertes sobre los débiles. Nuestros hermanos y hermanas del tercer mundo hablan inmediatamente de una nueva forma de imperialismo. Deseamos oír: “*¡Que sean diversos!*” mejor que: “*Que sean uno!*” Preferimos la pluralidad antes que la uniformidad.

Venga Tu Reino

Así, la oración de la Iglesia nos protege contra cualquier forma de devoción extravagante. La oración corre también el riesgo de la idolatría y de la superstición, falsamente místicas, que la apartan de sus orígenes, de su objetivo y de la comunidad orante. El P. d’Alzon expresaba esta convicción en una frase menos abrupta poniendo el acento sobre “*la estima que quisiéramos inspirar hacia las grandes oraciones de la Iglesia por encima de una muchedumbre de prácticas que no condenamos, pero que colocamos por detrás de esta oración solemne que es la oración pública por excelencia*” (“Directorio”, en *Escritos espirituales* pág. 113). Esto es lo que nosotros llamamos “*Orar en la nave central, frente al altar mayor y no en los laterales.*”.

Si la Asunción acepta la oración de la Iglesia prioritariamente y prefiriéndola a cualquier otra – en el mismo orden en que la Iglesia las elige y las ama: la Eucaristía, el oficio divino, la oración mariana – entonces también acepta su estilo: una oración “*ni elitista ni cerebral, aferrada a la verdad, humilde como lo es el auténtico pueblo de Dios.*

Tiene un corazón de pobre.” (El Espíritu de la Asunción según Manuel d’Alzon, pág.71.)

En efecto, una “tonalidad” propia “*equilibrando los ritos y la palabra, la inteligencia y la emoción, Dios en primer lugar y atención a los fieles presentes. Se sabe creativa sin menospreciar los ritos tradicionales.*” (“La oración de un obrero del reino de Dios”, de Claude Marechal.)

“*Nuestra oración común es la de la Iglesia.*” (Regla de vida, nº 3.)



Venga Tu Reino

Según las intenciones de Cristo y por las necesidades de la Iglesia

Las vocaciones y la unidad morán en nuestra oración de apóstoles.

La radicalidad y la visibilidad de nuestros compromisos religiosos, la calidad de nuestra vida fraterna y de nuestra oración son determinantes como detonantes de la llamada.” (Capítulo general 2005)

Rezarán sobre todo según las intenciones de Nuestro Señor, hallando su felicidad en la unión de sus oraciones con la que el Pontífice eterno ofrece sin cesar a su Padre por los pecadores. Rezarán por todas las necesidades de la Iglesia, y por medio de esta oración de hijos entregados encontrarán el estímulo para enardecer su celo por la extensión del Reino de Jesucristo.” (“Directorio”, en *Escritos espirituales*, pág. 61.)

¡Su oración y su misión corren parejas!

El P.d’Alzon insiste, en repetidas ocasiones, sobre esta actitud de alma y sobre las intenciones que deben residir en el corazón de los que oran. A menudo lo sintetiza en una lista :

“Lograr la conversión de los pecadores, el fervor para los indiferentes, la perseverancia para los santos, el triunfo para la Iglesia, la extensión del Reino.” (“Meditación sobre la Eucaristía”, en *Escritos espirituales*, pág. 950 – 951)

Rogad por la Iglesia, el Papa, su cabeza visible, por Francia expuesta a tantos peligros.” (“Inmaculada Concepción”, en *Escritos espirituales*, pág. 1001.)

Roguemos por los difuntos, por nuestros conocidos, por las almas del purgatorio.” (“Commemoración de los fieles difuntos” , en *Escritos espirituales*, pág. 1057)

No ruego sólo por ellos, sino también por los que crean en mí a través de su palabra. Que todos sean una sola cosa. Como Tú, Padre en mí y yo en Ti que también ellos sean una sola cosa en Nosotros para que el mundo crea que Tú me enviaste.

*Yo les he dado la gloria que Tú me diste para que sean uno como Nosotros somos uno: iyo en ellos y Tú en mí!
Para que sean perfectos en la unidad y así crea el mundo que Tú me enviaste, y que los amas como me amaste a mí. Padre, yo quiero que también los que me diste estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, la que me has dado por amor antes de la creación del mundo.
Padre justo, aunque el mundo no te conoció, yo te conozco, y los míos saben que tú me enviaste. Yo les manifesté tu nombre y se lo manifestaré para que el amor con que Tú me amaste esté en ellos y yo en ellos.”*

Juan 17, 13 – 26

Jesús reza por la unidad de los discípulos

Según san Juan.

“Ahora voy a Ti y hablo, mientras estoy en este mundo, para que tengan en sí mismos la plenitud de mi gozo. Les he dado tu Palabra, y el mundo les ha odiado porque no pertenecen al mundo, como yo tampoco pertenezco al mundo. No te pido que los saques del mundo sino que los protejas del mal. Ellos no son del mundo como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad Tu Palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo así yo también los envié al mundo, y por ellos yo me santifico para que también ellos sean santificados en la verdad.”

Somos herederos de esta oración ampliamente abierta al mundo y a la Iglesia como una especie de oración universal permanente. Sin embargo, hay dos preocupaciones importantes que deben estar presentes en nuestra oración de apóstoles: las vocaciones y la unidad. Los textos recientes tanto de nuestro capítulo provincial como del capítulo general nos lo recuerdan con firmeza:

“En los capítulos locales hemos de cuestionarnos sobre las actuaciones de la comunidad para suscitar las vocaciones. Comencemos por la oración. Pero no nos quedemos ahí.” (Actas del capítulo provincial 1998 – 1999, pág. 12 párrafo 2.)

“En cuanto a las vocaciones, [cada comunidad] promoverá prácticas concretas, como el triduo de las vocaciones, que animen a la oración y susciten los deseos de vocación”.” (Actas del capítulo general 2005, nº 97.)

Las vocaciones han de ser asunto de cada asuncionista y de cada comunidad. La radicalidad y la visibilidad de nuestros compromisos religiosos, la calidad de nuestra vida fraterna y de nuestra oración son determinantes como detonantes de la llamada.” (Idem, nº 97)

“El capítulo general [...] pide que toda la Asunción celebre un triduo anual por las vocaciones del 19 al 21 de noviembre.” Idem, nº 107.)

El P. d'Alzon nos ha legado esta preocupación con su decisión de fundar los “*alumnados*”. Pequeños seminarios asuncionistas que, durante decenios, acogieron a niños de condición modesta y que permitieron el consecuente desarrollo de nuestra familia religiosa y la realización de numerosos proyectos apostólicos audaces e innovadores.

La otra preocupación es tan apremiante como la anterior. En el enunciado del proyecto original de la Asunción encontramos esta célebres trilogías que nos caracterizan: “Doctrinal, social, ecuménica” o “Verdad, caridad, unidad”.

“Es necesario sensibilizar para esta misión [la unidad] al conjunto de la provincia así como a los laicos cercanos a la Asunción pidiendo a las comunidades que se preocupen de organizar la oración de la unidad, muy especialmente pensando en la semana de la unidad.” (Actas del capítulo provincial 2004 – 2005, n° 36.)

“El capítulo general pide que todas las comunidades integren la oración por la unidad de los cristianos en las intercesiones del oficio del día. Para ayudar a las comunidades, el Consejo General propondrá una variedad de oraciones.” (Idem. n° 53 – 54)

“El capítulo general desea que, en nuestras capillas e iglesias, figuren en lugar preferente un icono de Cristo, de la Virgen Madre de Dios y de nuestros bienaventurados mártires. En cuanto a la Semana de oración por la unidad, nuestras comunidades y parroquias pondrán un gran interés en tomar iniciativas significativas para mostrar, donde sea posible, nuestros lazos con Oriente y su espiritualidad.” (Idem. n° 54.)



Una vez más, oración y celo apostólico se entremezclan. Lo contrario nos chocaría. *“Trabajamos en la edificación de la Iglesia por el anuncio de Jesucristo. Damos prioridad a la educación en la fe, a la formación de laicos comprometidos, al despertar y seguimiento de las vocaciones cristianas, en especial las vocaciones religiosas y sacerdotales; el anuncio de Jesucristo es inseparable de la promoción de todo el hombre en la justicia, el amor y la unidad.” (Regla de vida, n° 16.)*

Tres ejemplos de orantes excepcionales

- Jesús reza por la unidad de los discípulos
- “Ser Uno en la Palabra y en la gloria” (Bruno Chenu)
- Bajo la protección de María
- San Agustín: “No digas nada sin él, él no dirá nada sin ti
Oramos como Jesús (Carta a Proba)

Las Escrituras nos conducen derechos a Cristo.

Es el maestro. Su oración está en la cima.

María, en su canto de alabanza,

adopta los acentos del pueblo elegido en primer lugar

y nuestra oración que se dirige a ella

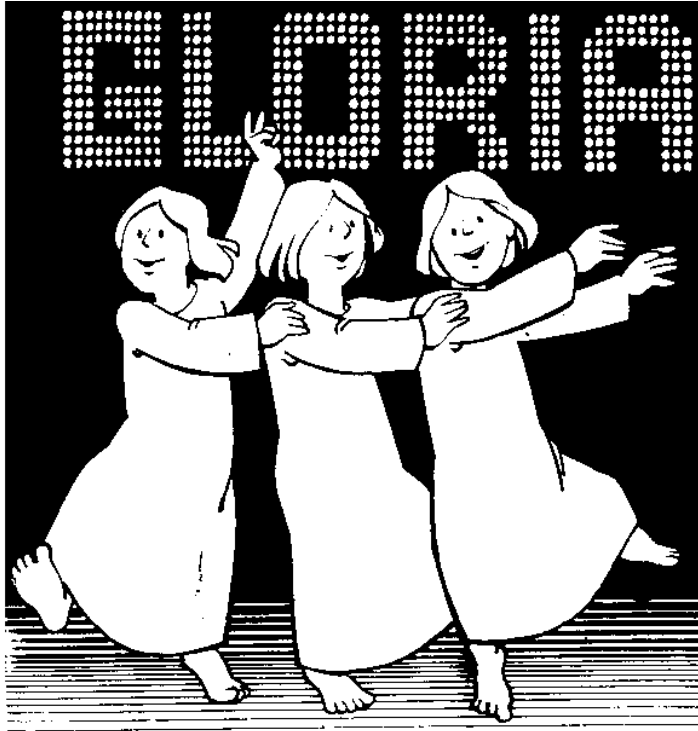
permanece sobria, intensa, infinitamente respetuosa

con los misterios de Cristo que atañen a su vida de sierva y de madre.

La oración de san Agustín, entre otros muchos discípulos

está empapada de la palabra de Dios;

nos hace retornar sin cesar al corazón de la oración del Señor.



El tesoro de la palabra de Dios

Las Escrituras están en el origen de toda contemplación, de toda acción de gracias, de toda oración.

“Únicamente la palabra de Dios es capaz de cambiar en profundidad el corazón del hombre.” Sínodo de los obispos 2008.

Para el P. d’Alzon el estudio de las Escrituras es una prioridad. Trabajar las Escrituras es la labor del religioso. “Las fuentes de la teología mística son, por supuesto, las mismas que las de la dogmática pero utilizadas de manera diferente. La primera y más importante son las Escrituras. Tener como base de nuestra vida la palabra de Dios es una enorme garantía de seguridad; Por tanto debemos aplicarnos con ahinco en conocerla a fondo”. (“De las fuentes de la teología mística”, en *Escritos espirituales*, pág. 953) Así pues Jesucristo es el libro vivo que debemos estudiar, libro perfecto: en él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”. (Idem. pág 856.)

En el pensamiento del P. d’Alzon, detectamos de manera sorprendente las intuiciones recientes de Benedicto XVI: “*Dios mismo colocó los mojones, mejor aún, allanó el camino, y su tarea [a los monjes] consistía en encontrarlo y seguirlo. Este camino era la palabra que se ofrecía a los hombres en los libros de las Santas Escritura. Por lo tanto, la búsqueda de Dios requiere intrínsecamente una cultura de la Palabra [...] puesto que, en la palabra bíblica, Dios camina hacia nosotros y nosotros hacia Él [...] Aquí no caben la arbitrariedad ni la subjetividad.*” (Discours au monde de la culture, 12 de septiembre de 2008, *Documentación católica*, nº 2409, pág. 827.)

El Sínodo de los obispos que tuvo lugar más tarde no hizo sino precisar y acentuar esta urgencia. *“Únicamente la palabra de Dios es capaz de cambiar en profundidad el corazón del hombre y por ello es importante que cada creyente y cada comunidad mantengan con ella una intimidad cada vez mayor.”* (Documentación católica, nº 2411. pág. 947)

Esto no son más que unas pocas citas que nos hacen pensar que ocurre lo mismo con la oración.

La palabra de Dios es el origen y la sustancia.

En las Escrituras, contemplamos la iniciativa de amor de Dios para con la humanidad desde el Génesis hasta el Apocalipsis. La historia del pueblo de Dios marca los hitos principales de su realización a lo largo del tiempo desde los orígenes hasta el día en que todo se recapitulará en Cristo, alfa y omega. Esa es la fuente de toda contemplación, de toda acción de gracias.



La palabra de Dios es la sustancia misma de la oración del Señor. La oración del Señor está modelada en las Escrituras. A través de esta oración, Cristo nos enseña a dirigirnos al Padre en espíritu y en verdad, como Él mismo lo hizo. De este modo las Escrituras se convierten en la matriz de toda oración auténtica, una oración que permite que Dios permanezca como tal, nunca un ídolo, y que el hombre se realice hasta alcanzar su pleno estatus como hijo de Dios. Cristo se recibe como Hijo en la oración.

Y esto es así porque esta oración está impregnada del espíritu de Dios mismo e inspirada por Él. Es Él quien la suscita. En Él, aprendemos a llamar a Dios “Padre nuestro” como Cristo llama a Dios *“Abba, Padre”*.

Manteniendo la palabra de Dios en el centro de nuestra oración estamos al abrigo de cualquier dispersión fantasista o demasiado subjetiva. Podríamos decir que es *mater et magistra* de toda oración auténtica. Las Escrituras nos conducen siempre al centro, evitan cualquier dispersión y superficialidad. Ellas “evangelizan” el movimiento mismo de la oración: la hacen conforme al movimiento mismo de la oración del Señor.

Dios nos enseña a orar a través de las Escrituras.

“Nuestra vida de oración se alimenta de la palabra de Dios, de un modo especial por la meditación de las Sagradas Escrituras, la celebración del Oficio divino y la acción litúrgica. La Eucaristía constituye el centro de nuestra vida de oración”.

(Regla de vida, nº 47.)